

dean los coros ó cierran las capillas; comienzan á volar por entre todo esto, á mover el aire que sensiblemente se va oscureciendo, á pasar por delante de las velas encendidas que, á veces, parecen sacudidas por un soplo fugaz.

He cobrado un verdadero terror á las leyendas: sus personajes me han hecho mucho daño. Se funden con las realidades de mi vida, y después ¡vaya uno á establecer la diferencia entre lo que es y lo que no es!

Me arrodillo un rato, apoyada la cabeza entre las manos, en la balaustrada de la capilla del sagrario, y salgo del templo, dejando en pos de mi la resonancia de mis pasos, que se difunde á lo largo de las naves solitarias.

SAN PEDRO

(Valle de Soba)

Te escribo, al fin, desde este valle de Soba; desde el valle paterno que tanto he deseado conocer.

¡Pobre pequeño valle de mis abuelos!

¡Patria hermosa de mi padre á quien ayer no más dejé en su sepulcro en nuestra tierra! Esta fué tan suya como hoy siento que es mía la que piso, en que el buen viejo querido vió la primera luz: allí, en aquella antiquísima y casi ruinosa casa de piedra que estoy mirando como á un santuario!

Le he traído sus nietos á su tierra; cumplo una promesa. Los he traído para que conozcan, y amen y recuerden siempre la aldea de su honrado abuelo.

También á eso he venido yo como en peregrinación. Esta carta yo se la hubiera escrito á él. ¡Con qué gusto la hubiera leído! ¡Hubiera llorado! ¡Qué le hemos de hacer!

Desde el sitio en que te esribo, estoy viendo á Alejandro y Juan Carlos, con sus boinas de lana azul, mezclados á otros niños de la aldea, correr tras unas cabras bajo el castaño secular á cuya sombra jugó niño mi padre; al lado de la pequeña iglesia en que se bautizó, y en que están enterrados mis abuelos de varias generaciones.

¡Si vieras qué raros son los pensamientos que todo esto me sugiere!

Pero te haré merced de ellos: están tan adentro, que el esprimirlos ahora sería largo y fuera de sazón; acaso se iran diluyendo en lo que te vaya escribiendo, sin yo proponérmelo. Los hondos afectos son como la luz de la aurora: no toman forma repentina: van poco á poco inoculándose en el ambiente en que flota la frase y aclarándolo. La expresión más ingénua tiene entonces cierta luz vaga y casi imperceptible que la formá nimbo y la compenetra.

Yo quisiera decirte mucho, hablándote muy poco.

Vamos, pues, á mi propósito: de Laredo á Soba.

El fuerte chaparrón que nos sorprendió cuando te dejé en Laredo, con ser tan estrepitoso, no habia caido más allá de Colindres.

Dejamos, pues, la costa del cantábrico con un precioso dia, y nos internamos en busca del valle paterno, atravesando el territorio montaños que es un encanto. La montaña, llena de vegetación hasta la cumbre, queda á nuestra izquierda; el rio Asón, hermano del de Soba, que viene hacia nosotros

désde el valle paterno, corre á la derecha, allá en el fondó del barranco que han cortado verticalmenté pára formar, entre el rio y la montaña, la magnífica carretera en que rueda nuestro coche. Enfrente, montañas que ya convergen, ya se separan para hacer aparecer las que vienen detrás; ya se interrumpen bruscamente al llegar al rio, ya se encogen poco á poco para llegar hasta él en blando declive de un verde esmeralda.

Han pasado los paisajes de alegres montañas que tú viste, cuando veniamos de Madrid, desde Reinosa hasta Santander, y, sobretudo, desde Santander, por la costa Cantábrica, hasta Laredo: esa es la sonrisa que la montaña envía al mar al bajar á la playa. Han pasado los bosques de robles y cagigas y castaños y avellanos, y comienzan los mas oscuros de encinas y de hayas.

Las montañas se elevan; y, detrás de las vestidas de verde, empiezan ya á presentarse las otras más altas, las montañas calvas de cabezas de piedra gris con grietas negruzcas y con sus chales de niebla atravesados en las frentes azuladas.

— Por allá está Soba, me dice nuestro amigo Terreros. ¿Vé Vd. aquella punta que se vé á lo lejos? Es el Mazo de San Pedro: á su pie está la aldea.

Vamos atravesando algunos pueblecitos, en extremo pintorescos y llenos de carácter con sus casones antiguos de amplia solana y portalada ostentosa, en la clave de cuyos arcos de sillares oscuros el escudo señorial ennegrecido por el tiempo, con su casco y cimera de plumas de piedra, presentá

sus cuarteles heráldicos llenos de símbolos y empresas. A su lado está la casita humilde con su establo en el piso bajo, su solana de pilares de madera, y el grupo de la familia bajo el cobertizo.

Salen del establo algunos cerdos abanicándose el hocico con las lacias orejas que les ocultan los ojos, hozando y gruñendo, perseguidos por un chiquillo que los hostiga: picotean las gallinas en los montones de basura, mientras sacude el gallo las alas y se empina alargando el cuerpo, disponiéndose con altivez á cantar; y corren desaforados los perros hasta la mitad de la carretera, en que se detienen como si tropezaran en sus patas delanteras extendidas y crispadas, ladrando furiosamente al montañés que pasa con su cuévano á la espalda ó su dalle al hombro, mirándolos de soslayo sin interrumpir su camino.

— Detengámonos aquí un momento, me dice mi compañero; ahí, en el borde de esa hondonada. Esas dos montañas que están frente á nosotros y que casi se juntan formando una estrecha garganta, son las dos columnas de las puertas de nuestro valle. Ahí lo tiene Vd. Aquel pequeño caserío de allá arriba, es *Incedo*, el primer pueblo de Soba.

Llegamos á *Rozas*, ó, más bién, al pie del cerro en que el pueblecito está trepado como un águila blanca. Allí nos esperaba la pobre Felisa, mi prima hermana á quien tú conociste con sus hijitos en Montevideo cuando su marido trabajaba en el campo de mi padre. Se entrega á las mayores de-

mostraciones de cariño; bruscamente y llorando, me dice que todos sus hijos han muerto: te recuerda á ti, á Elvira, á mi padre. ¡Pobre Felisa! Es una alma buena.

— Ahora estoy sola, me dice; mis hijitos están en el cielo. ¿Sabes que todos se me murieron?

— Si, hija, si: adios. Vamos á San Pedro, al pueblo de mi padre: allá nos veremos mañana.

Y llegamos á *Regules* al pie de la última montaña, en cuya abrupta cima está *San Pedro* y, detrás, *San Martín*, el solar de mis abuelos.

Tres caballos están prontos para trepar: nuestro amigo Gutierrez los tiene allí dispuestos y será nuestro compañero y guía: somos sus huéspedes en San Pedro.

Monto yo el uno, ocupa Gutierrez el otro, y Alejandro y Juan Carlos van en el tercero. Alejandro va adelante; Juan Carlos se agarra á él detrás. Van más contentos que unas pascuas.

¡Y eche Vd. cerros, y peñas, y lajas resbaladizas, y escalones toscos, lavados y removidos por las lluvias, y senderos estrechos y empinados y ásperos!

Es necesario agarrarse á la crin del caballo, el que, á su vez, sube fijando el casco en las grietas de la roca ó suturas de las lajas que busca con inteligente cuidado, ya á un lado ya al otro del estrecho atajo; ya haciendo rozar nuestras piernas en los arbustos del borde de este, ya apoyándose bruscamente en sus patas traseras é impulsando su cuerpo hacia arriba, para salvar un tosco escalón.

Un muchacho tira de la brida de la caballería

en que van acurrucados y agarrados fuertemente mis dos hijos que rien con risa ya no del todo franca, al sentirse sacudidos más violentamente de lo que suponían; dos hombres llevan en cuévanos nuestras maletas.

La tarde va cayendo: las montañas comienzan á envolverse en sus vapores grises en primer término, y casi violetas más allá. Parece que la naturaleza cierra lentamente los ojos con una sonrisa triste.

Los arbustos del borde del camino y las rocas van apareciendo casi repentinamente al llegar á ellos, como si les interrumpiéramos el sueño.

Todos seguimos silenciosos uno detrás del otro: el atajo es muy estrecho. Hasta mis muchachos se han callado, y ya nada preguntan sobre lo que ven á un lado y á otro medio esfumado.

Un eco dulce salido de entre los cerros inmediatos llega á mis oídos: pocas veces una campana me ha producido un efecto semejante.

No había duda: aquella era una campana echada á vuelo: no era la lenta melodía del *Angelus*: su sonido era prolongado, alegre; no tenía la melancolía de la campanada aislada que parece deleitarse en dejar morir el eco con agonía larga, y en sentirlo hundirse en la distancia como en un sepulcro. Aquellas campanas reían: sus notas se atropellaban como las de una carcajada. Me pareció, al sentir las en medio de aquella tristeza azulada de las montañas dormidas, la risa de un niño en medió al silencio de una familia de luto.

¿Eran aquéllas las campanas de San Pedro, el pueblecito páterno? ¿Porqué reían así, en vez de rezar, si era la hora del *Angelus*? ¿Reían acaso conmigo las buenas campanas de la montaña?

Yo empecé á presumirlo; más aún: estaba seguro; las entendía.

Sin embargo, lo pregunté á Gutierrez interrumpiendo el silencio:

— ¿Qué campana es esa?

— Son las de San Pedro.

— ¿Y á qué tocan?

— ¡Oh! Los pobres de la aldea no tienen otro modo de manifestar su alegría al recibir á las personas que quieren. Esas campanas lo reciben á Vd. Mire Vd. además hacia adelante: el pueblo sale á su encuentro.

Como de sorpresa, efectivamente, pues no lo había visto á causa del gris crepuscular que todo lo envolvía, me encontré con un grupo de hombres casi á mi lado. Era un grupo de labradores que, con el *dalle* al hombro, bajaban entre los riscos á mi encuentro, de vuelta de la faena del día. Un momento después, yo me arrojaba entre ellos de mi caballo, y estrechaba sus manos callosas entre las mías, sintiendo en los ojos el agrio de mis lágrimas.

Mas allá estaba otro grupo: el cura párroco, los vecinos, las mujeres, los niños. Estos últimos, al verme abrazar por sus padres, que me saludaban á gritos, pronunciando su apellido, el mismo mío, prorrumpían en ¡vivas! clamorosos, cuyas notas,

unidas á las de las campanas que seguian volteamando como locas, formaban un acorde infantil y sagrado.

¡La canción del regreso! Yo no llegaba por primera vez á aquel valle que por primera vez pisaba; yo regresaba á él. Mi padre habia salido de allí casi niño, hacia sesenta años: yo regresaba con mis hijos, con los nietos uruguayos del noble viejo montañés de larga barba blanca como la nieve de estas montañas, no mas blanca, por cierto, que su conciencia de hombre de bien. ¡Bendita sea su memoria!

Todos sabian que yo pensaba entonces en mi padre; y, aunque ya era casi de noche, y no se veian bien las caras, todos sabian que yo no hablaba porque tenia que llorar.

Besé á algunas niñas que salieron timidamente á mi encuentro, mientras que los demás seguian aclamando como grillos, al son de las campanas; tomé á una de aquéllas de la mano, á uno de mis hijos de la otra y subí la cuesta pedregosa en cuya cima blanqueaban entre los árboles las casitas de la aldea, y se proyectaba, sobre un fondo de altísimas montañas, la sonora torrecita cuadrada de la iglesia.

Las campanas se han callado; mis hijos duermen; yo, desde la alta ventana de mi habitación, miro hacia afuera: las montañas están allí al lado de la aldea, durmiendo también, enormes, amonto-

nadas. Me parecian aquellas olas grandes del mar que, al través del grueso y redondo cristal del ventanillo de nuestro camarote, veiamos hincharse al lado de nuestro barco para meterse debajo de él y levantarlo en su lomo obscuro; se me ocurría también que las montañas eran un montón de cosas colosales y con puntas tapadas con un inmenso encerado.

Las estrellas, al lado de esas moles, son chispas. La aldea está situada en una eminencia. Entre esta y las montañas que la circundan hay una hondura; allá abajo todo está obscuro; parece más hondo que lo de arriba. Pienso que si una montaña de esas que están ahí dormidas se arrojara en esa sima que veo llena de tinieblas á mi lado, se hundiría y desaparecería como una piedra lanzada al mar; no volvería á saberse de ella: las sombras se la tragarían, y ni siquiera avanzarían las tinieblas de su actual orilla.

El mundo está callado como un muerto: las altas horas pasan silenciosas sobre él.

Hasta mañana.